

Notas de París

Nelson A. Vallejo G.

LA MUERTE DE UN FILOSOFO, MICHEL FOUCAULT

Un extraño silencio se instala en el seno del discurso. Una voz de carne acaba de dejar una voz en el papel. Como cada vez que se escribe una frase, algo se eterniza. Pero esta vez las dos voces no coincidieron nunca más. La separación entre la voz de carne de Foucault y la de su escritura se ha hecho para siempre. Terminada la vida, sólo las palabras o la esperanza restan. Llevadas por el viento las palabras, sólo las cosas quedan. Y entre las Palabras y las Cosas una antigua conjunción guarda el equilibrio, la unión y la diferencia. La desaparición física ocurrida por la muerte, el lunes 25 de junio de 1984 a las 13.15 minutos en el hospital de la Salpêtrière a París de ese pensador joven aún, 57 años, nos deja fríos y tristes (1). Hay algo de insólito y de absurdo en la vida. Tanatos... algo de imprevisto y posiblemente de injusto. Algo de indecible... y lo que no se puede decir tal vez sea mejor callarlo.

Ninguna tristeza. Foucault sabía reír de lo trágico. Una risa de fuerza y de libertad que abarca irónicamente, como Sócrates, las categorías del pensar moderno. La voz de papel o de libro queda, la única y verdadera voz de los intelectuales. En su lección inaugural en el Colegio de France. El Orden del Discurso, Foucault es consciente del imposible eco oral de su auditorio frente a las tesis que él avanza. Imposibilidad de estructurar rápidamente el eco del discurso para responder. La audiencia permanece entonces en su privilegiado silencio de suspensión, de espera y de reflexión.

Sin embargo, Foucault se negó siempre a la "monarquía del autor" y sus "declaraciones de tiranía". No quería ser el dueño absoluto de sus propios libros, el guardia del sentido único, del significado exclusivo de su obra, el que dicta la ley a los lectores diciendo: He aquí lo que yo quise decir, ustedes no deben entender de otra manera. Soñaba más bien de libros desacralizados, escapados del control de sus autores, de boîtes à outils (cajas de instrumentos) donde cada cual toma lo que necesita para una construcción lógica y estructurada de su pensar, según su propia necesidad.

El buscaba entonces ocuparse de "un espacio en blanco", volverse al fin no-identidad. Escribía para "no tener cara". ¿Cómo querer clasificarlo, encajarlo en una ideología cualquiera, en un "ismo" como en otro?

Muchas son las imágenes que se entrecruzan buscando identificarlo, definirlo. Incomprensible y fugaz. ¿Es un historiador o un filósofo? ¿Figura política o anti-política? Es posible que las respuestas no sean fáciles. O las pre-

guntas impertinentes: "No me pregunten quién soy y no me pida de ser el mismo; es un moral de Estado Civil que rige nuestros papeles. Que ella nos deje entonces libres cuando se trata de escribir", dice en *La Arqueología del Saber*.

Sin embargo, alguien que no sepa nada sobre Foucault podría creer, leyendo el título de sus obras, que se trata de un historiador: *Historia de la Locura* (1961) e *Historia de la Sexualidad* (1976-1984), *Nacimiento de la Clínica* (1963) o de la cárcel: *Vigilar y Castigar* (1975). He ahí una mente poderosa que maneja bibliotecas enteras como torres de Babel. Organizando con su talento un sinnúmero de hipótesis sobre la historia y los hechos ya ocurridos, lo que llamará historicidad. ¿Se trata entonces de un simple historiador? Si es así, lo es de una raza especial. Tal vez de esa que Hegel llamará *Filósofo de la historia*, pero sin una dialéctica absolutista. Ocupándose sobre todo de los cambios que se operan en la mentalidad y en los sistemas de pensamiento de una época.

Sin embargo no es un historiador disciplinado y objetivo que sólo se ocupa, como un Tucídides, de narrar los hechos de su época. Por el contrario, Foucault, descubre rupturas y bruscas mutaciones. Peor aún: lo objetivo y el objetivo de su trabajo no es tanto la reconstrucción del pasado como la historia del presente. En efecto, las evidencias actuales, sobre todo la evidencia de la Razón y de la Ciencia, le permiten buscar los pilares, a partir de una arqueología del saber o de las categorías que condicionan el pensar, sobre las cuales dicha evidencia se aparece como Evidente. La búsqueda de "una exploración de transgresión", como Pierre Bourdieu califica la gestión de Foucault, es la búsqueda de dichos pilares. El trabajo de Foucault se presenta como una ruptura del dicho orden establecido entre el campo social de lo normal. Lo "normal" es separado de lo patológico. Es esta separación del anormal, llamado loco, en la sociedad clásica que encanta las primeras reflexiones de un Foucault en la *Historia de la Locura en la Época Clásica*. Es un estudio del origen social e histórico de la secesión material hecha en el asilo entre el normal y el a-normal o patológico (el loco y el enfermo). Criticando el dicho saber-médico-racional-científico, Foucault observa que el internado psiquiátrico, la normalización sicológica de los individuos y de las instituciones penales (*Vigilar y Castigar*), sólo tienen un papel limitado para quienes no consideran otra cosa que la apariencia de sus simples funciones económicas. Lo que no impiden que jueguen un papel esencial en la maquinaria del poder. Hasta tal punto que basta calificar de loco, a los ojos de la comunidad, un individuo ideológica-



Michel Foucault

mente peligroso, para que este pierda todo su poder de convicción social. Esta calificación viene del control del discurso social por quien tiene el Poder.

De allí nace una crítica no tanto del poder como tal, sino de su significado mismo. El movimiento de la crítica de la noción de poder es como el de la crítica de la razón pura de Kant: es decir que él busca llevar la noción de poder *in extremis* y contra sí-misma para destruir su poder de Verdad. Ninguna verdad y ningún Poder es absoluto o eterno, constata Foucault. Sin embargo su trabajo de crítica, de tribunal de juzgado no es analítico como lo es el de Kant, sino digamos histórico, pues sirviéndose de archivos y hechos pasados explicados a partir de las categorías del pensamiento presente a las cuales han dado origen, Foucault muestra que la manera como nosotros pensamos hoy lo normal se basa en una negación de lo no-normal; por eso las instituciones, con el Poder de su lado, que manejan lo normal, no son ni

eternas ni absolutas. Y la verdad que ellas dicen juzgar es susceptible de error y de horror como cuando se condena un inocente a veinte años de cárcel o se encierra un individuo normal en un asilo bajo pretexto de locura.

El interés de Foucault es de hacernos comprender que hasta los saberes más exactos son transitorios y mortales, como el hombre mismo. Que ellos resultan de un agenciamiento de representaciones de las cuales las encuestas históricas revelan el origen y el fin. La verdad no es, sólo hay discursos históricamente ordenados, que producen, por cierto, "efectos de verdad", determinando los límites para una época entre lo que se puede pensar y lo que no se puede pensar. Para Kant se trataba de lo que "me es permitido hacer", según una Moral pura; para Foucault se trata de lo que se puede (Poder) pensar de una y en una Época de la historia. Sobra decir que